

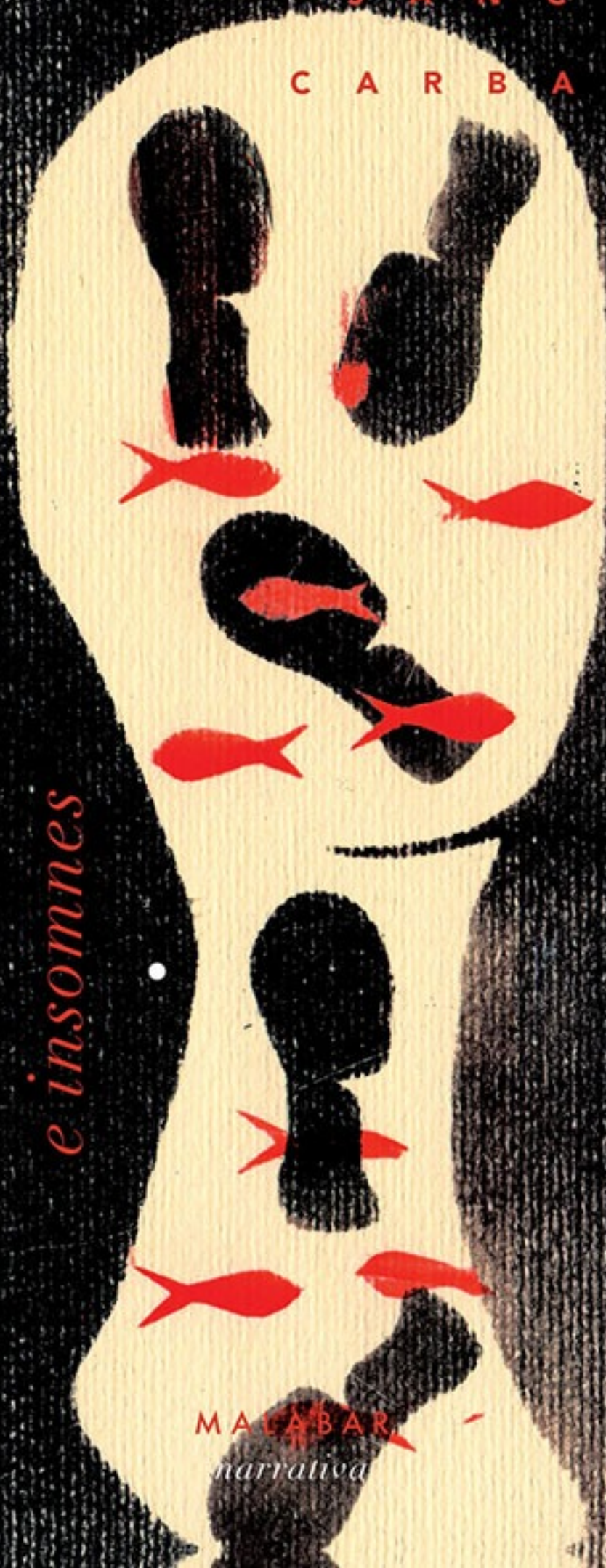
Liminares,

S U I C I D A S

e insomnes

M A R I O
S Á N C H E Z
C A R B A J A L

MALABAR
narrativa



*Liminares,
suicidas
e insomnes*

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

GILBERTO OWEN 2022

COLECCIÓN TRAPICISTAS

© Mario Sánchez Carbajal, 2022

© D. R. Malabar Editorial

(Servicios de Comunicación

Malabar S.A.S. de C.V.)

Nubia 79, colonia Clavería,

02080, CDMX, México

malabar-ed.com

© D. R. Instituto Sinaloense de Cultura

COLECCIÓN TRAPEICISTAS

Primera edición, octubre de 2022

EDICIÓN: Héctor Rojo

DISEÑO EDITORIAL: Santiago Solís

IMAGEN DE PORTADA:

Salvador Jaramillo

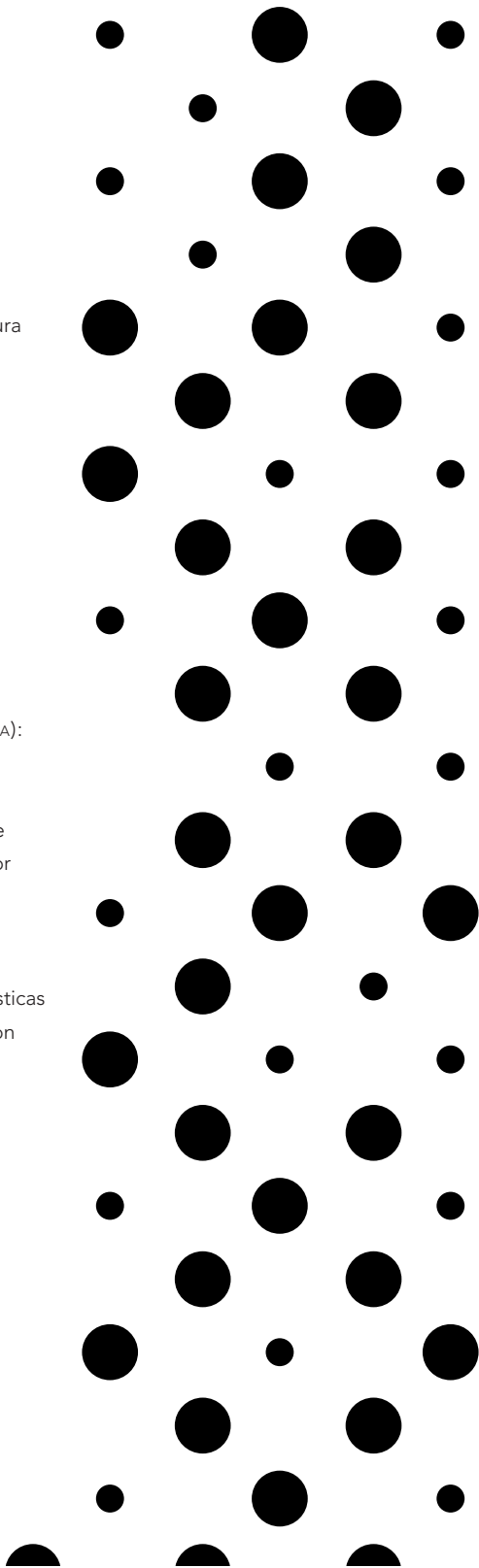
ISBN (MALABAR): 978-607-98609-5-0

ISBN (INSTITUTO SINALOENSE DE CULTURA):

978-607-8504-92-3

Queda prohibida la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, bajo las sanciones establecidas por la ley, salvo por la autorización escrita de los editores y/o autores de la obra. Las características de composición, diseño, formato, son propiedad de la editorial.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO



Liminares,

S U I C I D A S

e insomnes



M A R I O

S Á N C H E Z

C A R B A J A L





El jurado calificador, conformado por los escritores Lola Ancira, Carlos Sánchez y Ana Clavel, decidieron otorgar por unanimidad el Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen, en su edición 2022, a la obra: *Liminares, suicidas e insomnes*, amparado con el pseudónimo de “Kluger Hans”, por su solidez narrativa en el género con una propuesta temática imaginativa y transgresora. El libro ofrece un reto al raciocinio convencional y plantea reflexiones que rebasan incluso el antropocentrismo para enfocar distintos tipos de violencia, a veces sutiles, a veces cruentas. El uso certero de elementos realistas y fantásticos configura eficientemente tramas singulares y sobresalientes, en las que no están exentas la poesía y la emoción. El ritmo, como un haz de luz permanente, marca la tensión de una mano diestra para construir esta coreografía de historias y personajes sorprendentes. Se trata, asimismo, de cuentos originales con cierres inusitados, que plantean perspectivas frescas, no exentas de humor, ironía y un sentido de traspasar límites, en una búsqueda deliberada por mostrar el rostro muchas veces absurdo de la realidad.



ÍNDICE

REVOLUCIÓN VERDE OLIVA	11
MALA SOMBRA	17
ALGO TERRIBLE	23
ESPEJO SIN ESPECIES	29
PERRO DE CARTÓN	37
EL SUICIDIO	51
FÁBULA EDITORIAL	55
VIDEO IMPACTANTE (PARTE I)	61
VIDEO IMPACTANTE (PARTE II)	65
VIDEO IMPACTANTE (PARTE III)	67
DIMINUTO ANCIANO	71
ERRANTE	75
UN CICLÓN EN MOZAMBIQUE	79
DE LA MISMA SAL	83
LA SENTENCIA BÍBLICA	91
EL ÚLTIMO DÍA DE PARAÍSO	97





*No digo, por lo tanto, que no son nada
los que todavía no existen, sino que están en
Él que querrá que vengan a la existencia
cuando quiera [...] «He existido como
las sombras y los fantasmas de la noche».*

EVANGELIO DE LA VERDAD

«VIDEO
IMPACTANTE
DE
UN
HOMBRE
QUE
SE
ARROJA
AL
METRO».
PARTE I

Nací en medio del tiempo de las contradicciones, de las paradojas, la doble moral, de las revoluciones fracasadas, de la razón exacerbada y el extravío del alma; nací en el auge de la ambigüedad y la hipocresía. Por eso hay días en que me levanto triste, desganado, y busco algo de qué asirme, un pedazo concreto de mundo que me sostenga. Hay mañanas así: hoy, por ejemplo, abrí los ojos, apesadumbrado, y tomé mi teléfono, revisé las noticias y encontré una nota cuyo encabezado decía: «video impactante de un hombre que se arroja al metro», y lo primero que hice, aún con la vista borrosa por los sobrantes del sueño, fue reproducirlo. No se veía tan bien. Y es que en mi tiempo, en pleno siglo XXI, a mitad de mi adultez, con la conciencia de saber que existe el gran hermano, los programas espía, millonarios yendo al espacio por capricho, la automatización y los avances tecnológicos más sorprendentes, todavía es casi imposible ver una buena imagen de una cámara de

seguridad; están pixeladas, borrosas: es como si el misterio apostara su última esperanza, la poca privacidad que le queda, a esas malas grabaciones.

Sin embargo, a pesar de que el video parecía un ensayo primitivo de la televisión, atendí con cuidado la imagen: una secuencia donde un hombre se mueve por el andén del metro; camina de la pared a la orilla y de la orilla a la pared en una andanza ritual, con el mismo número de pasos y el mismo ritmo, con la cara agachada mirando al suelo como si delante de sus pies hubiera una línea trazada, un surco a seguir. En su quinta o sexta vuelta, se ve cómo desde el fondo del túnel se acerca la luz del metro y se acrecienta poco a poco. El hombre se detiene en la orilla, lo espera y, en el instante preciso, salta abriendo los brazos como si la caída fuera a ser muy larga, y me parece ridículo en principio, pero luego lo pienso y cambio de opinión, pues me percaté de que se acaba de arrojar a una caída que no acabará nunca, porque los que se arrojan así de esa manera a la muerte deben seguir cayendo por siempre.

Se cortó la grabación. La pantalla de mi teléfono se puso en negros y apareció en el centro un pequeño uróboros con la cabeza triangular. El símbolo de la repetición infinita al que habría nada más que picarlo con la yema del índice para volver una y otra vez, inagotablemente, a repetir el instante en que un hombre se arroja al metro y muere tantas veces como desee el morbo del espectador: hasta que su propia amenaza de muerte se satisfaga, hasta que el horror lo hastíe.

Mi morbo y mi miedo aún estaban insatisfechos y, como el vacío era difícil de saciar, repetí el video quizás unas diez o doce veces, como si esperara que algo oculto fuera a revelarse ante mí (y es que todos esperamos

eso de la muerte propia y de la ajena: una revelación, un gran secreto, cuando menos).

Acerqué mucho la cara a la pantalla, o más bien la pantalla a mi cara, y subí el volumen. No se escuchó sino un ruido de gis que agregaba dramatismo a la escena. En mi tiempo el ruido es un drama y también lo es el silencio. Luego de mirarlo por última vez, y sin tener claro por qué, paré de repetirlo, me levanté de la cama con los ojos despejados y la tristeza y la pesadumbre olvidadas. Me sentía bien, tranquilo. Quizás el malestar sólo era la modorra o es que nací en una época en la que nadie sabe qué cosa puede hacerte bien. No hay receta para la mejora: a veces lo peor te repone. Pero no importa porque solo tomas lo necesario, niegas lo demás, te tragas tu pastilla de ausencia y te echas a ver cómo el mundo está mal construido y tú no puedes hacer nada más que intentar construir uno a tu medida cada vez que te sientas a teclear historias de un territorio que esperas no se desmorone, o cuando te despatarras en un sillón para leer un libro y haces anotaciones y comentarios que olvidarás en cuanto se extravíen esas notas, porque hay nubes de información que aseguran inmortalidad a la memoria, pero aun así tú agarras un pedazo de papel y una pluma y escribes notas efímeras. Y es que llegué en una época donde nada importa, pero todo tiene un porqué sin importar si es absurdo, ambiguo, paradójico. Nací en el tiempo, lo sé, en que el alma del mundo amaneció enferma, sacudida y con ánimos de suicidio.

«VIDEO
IMPACTANTE
DE
UN
HOMBRE
QUE
SE
ARROJA
AL
METRO».
PARTE II

La línea ya está trazada: es un surco inexorable por donde la savia de la vida fluye de ida y vuelta. Pero un día revienta una chispa debajo de las plantas de los pies de un hombre cualquiera. Entonces el hombre, quemados los talones, sale disparado hacia arriba, en aparente vuelo desde un puente o hacia las vías del metro. Pero el cielo abierto o el cielo raso, según se trate: según sea el sol el ojo del padre o la lámpara el ojo del padre, le cercena las alas. La caída es libre hacia su propia noche, la misma a la que nació abrazado.

La luna, la madre del hombre, presiente el vértigo, se lo traga, lo engulle, lo grita adentro. Su hijo, el hombre parido por ella y hacia la muerte, ya va herido por el padre, ya va sin alas, ya va cayendo.

Sus miembros, los del hombre, los del hijo, bajo las llantas quedan tasajeados por el metal de los rieles: y yacen desperdigados, aún calientes, aún sangrando, esparcidos sin orden sobre el surco. Más tarde se enfrían

y se vuelven simientes de donde brotan estas palabras
mediocrementemente levantadas en una cosecha cuya siem-
bra se hizo sobre tierra enferma.

«VIDEO
IMPACTANTE
DE
UN
HOMBRE
QUE
SE
ARROJA
AL
METRO».
PARTE III

En el suicidio hay un padre que castiga y un hijo que merece ser castigado. Por creencia. Por exageración. Por locura. Por amor. Por lo que se quiera, pero el castigo es meritorio. Sin embargo, en el suicidio se hace una conjunción en la que padre e hijo se integran y se encarnan en una sola persona: la mitad de la carne débil es la del hijo y, la de la carne lacerante, la del padre. De ahí que cuando miramos al hombre —en aquel video donde se arroja al metro— ir y venir de la orilla del andén a la pared y viceversa, con los ojos mirando al suelo, automático, extraviado, ajeno, incluso ansioso: sabemos que por dentro está implorando no ser castigado o, por lo menos, está negociando, con ruegos, la severidad de la penitencia.

No soy hombre de ciencia ni un analista minucioso de los efectos psicológicos y sus causas. Sin embargo, intuyo e imagino la dimensión arquetípica de un hombre que se tira a la muerte. Yo lo percibí desde la primera

vez que miré el video. Cuando iba, se decía: «te lo mereces, sí, te mereces la muerte»; y cuando volvía, renegaba: «no lo merezco, quizá no es para tanto, quizá no la muerte...» Pero el tiempo sigue su marcha y apresura la disyuntiva, la discusión y su resolución inexorable. Porque el metro, mientras él se debate, hace parada una estación antes: baja la gente, sube la gente: silba el cierre de puertas: comienza a acelerar. Mientras tanto, acá el hombre determina finalmente el acto, ventajoso, de matarse a sí mismo.

En estos casos, y quizá sea una perogrullada decirlo, la muerte, o más bien el acto de la muerte, se torna simbólico (no hay razones, solo un flujo poderoso y orgánico de fuerzas superiores) y, asimismo, el hijo y el padre también son símbolos, pues es evidente que no se trata del padre putativo y mucho menos del biológico, sino del gran padre: de Dios. Se trata del padre divino o, mejor dicho, de la imagen hierática del padre.

Y de lo que hablamos entonces es de que aquel hombre, miserable, con su vulnerabilidad de hijo, del hijo de Dios, en un conflicto cósmico, le implora a Este que no lo castigue, que lo perdone o por lo menos le reduzca la pena. Pero el padre implacable no da tregua. Es furia, es enojo de Dios. Es el «video impactante» en-ojo de Dios. Entonces, cuando todo esto desemboca y alcanza el clímax: miramos al hijo elevarse y abrir los brazos como si se los hubieran clavado al patíbulo de una cruz.

Yo lo vi desde la primera vez que contemplé el video: miré cómo el hombre fue alzado del suelo por unas manos mucho más vigorosas que las de su voluntad, las de su conciencia, las de su sobrevivencia, las de su culpa... Si se fijan bien, en la imagen no se ve

claramente que se tire o que salte o que se «arroje», como apunta el encabezado del video, sino más bien parece elevarse, como si lo tomara y lo suspendiera una fuerza más poderosa que la misma vitalidad humana, o la de cualquier otra fuerza terrena que empuja a un hombre de cualquier orilla del mundo.



MARIO SÁNCHEZ CARBAJAL

(CIUDAD DE MÉXICO, 1983)

Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en los años 2008-2009 y 2010-2011. En 2013 ganó el Premio Nacional de Cuento Aca-pulco en su Tinta con el cuento «La púa del erizo» y, en este mismo año, obtuvo el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con *La línea de las metamorfosis* (FETA). Con su libro *Muerte derramada* (2da ed. Malabar Editorial), ganó el Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola en 2014. En 2015, su novela *Bilis negra* (INBA) fue acreedora al Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela y, en 2017, su libro *La piel de la mujer foca* obtuvo el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez. Con *Liminares, suicidas e insomnes* ganó el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2022, en la categoría de cuento.

Liminares, suicidas e insomnes, de Mario
Sánchez Carbajal, **#4** de la Colección
Trapevistas. Impreso en los talleres de
Pandora Impresores, en Guadalajara,
Jalisco, en el mes de octubre de 2022.
Para su composición tipográfica se utilizó:
Avenir de Adrian Frutiger, *Adobe Jenson*
Pro (original de Nicolaus Jenson) de
Robert Slimbach y *Didot* de Firmin Didot.

